

Rector Magnífico
Claustro
Amigos.

Es para mí un placer esta tarea de glosar los méritos de Luis Fernández en el día de su investidura como doctor Honoris Causa. Y más en esta Universidad, que también es mi casa desde que en enero del 2007 me honró con título similar. Me resulta muy sencillo imaginar el carrusel de emociones de Luis Fernández en este momento. Me basta con revivir las que yo experimenté para adivinar que se siente abrumado, orgulloso, algo incómodo y feliz.

No menos sencillo me parece cumplir la tarea que se me encomendó. La laudatio es encomio, elogio, alabanza, relación de méritos. Y no hay que forzar nada, ni dislocar pasaje alguno de la larga carrera profesional de Luis Fernández, basta repasarla para que resplandezcan sus méritos extraordinarios.

Extraordinarios, sí, porque recorren el arco completo de las actividades vinculadas a la comunicación radiofónica o televisiva: la información, el entretenimiento, la producción, la gestión.

Porque se han desarrollado, en España, en todos los frentes empresariales: en COPE, (como jefe de redacción) PRISA y TELECINCO (como director de informativos) IMAGENIO y RADIO TELEVISIÓN ESPAÑOLA (como presidente).

Y fuera de España, en Nueva York y Miami, en los grandes gigantes estadounidenses en lengua española. En UNIVISIÓN, como Presidente de Univisión Estudios y Entertainment. Y ahora, en TELEMUNDO, la división hispana de la poderosa NBC, de regreso al periodismo, como Executive Vicepresident de Network News.

Extraordinario, asimismo, porque su curriculum incluye una inesperada finta profesional, hija de sus querencias y de su búsqueda de experiencias, cuál es su estancia de dos años en Pekín, como Consejero Delegado del Real Madrid en su división Asia Pacífico.

Como ven, con este resumidísimo repaso habría más que de sobra para justificar cualquier reconocimiento.

Pero nada de lo dicho es lo fundamental.

Lo fundamental es que Luis Fernández hace milagros.

Su integridad y su insobornable independencia han obrado fenómenos tan extraordinarios como el consenso del PSOE y del PP para nombrarle Presidente de RTVE, o, junto al liderato de Televisión Española, reconocimientos nacionales e internacionales del calibre del TV NEWS AWARDS, que premió al Telediario de la 2 como el mejor informativo del mundo en el año 2009. Fue un acto de justicia poética que, una semana después de su cese, se reconociera al más alto nivel mundial la obra más querida de Luis Fernández, su equipo de informativos, con el mejor director de la historia del ente, Fran Llorente, y personalidades periodísticas como Pepa Bueno, Lorenzo Milá, Ana Pastor o Esteve Crespo, entre otros.

Esta etapa de su vida profesional condensa los rasgos más destacados de la figura de Luis Fernández, porque las ya citadas independencia e integridad se defendieron sin un paso atrás en un momento socio político escalofriante, entre los años 2007 y 2009, cuyo dramatismo podemos resumir con cuatro datos:

primavera 2007. El paro en su mínimo histórico, 7'9% de la población activa.

primavera 2009. El doble de parados. 17%.

agosto 2007, inicio de la crisis mundial con el estallido de las subprime.

septiembre 2008, desplome de Lehman Brothers.

Quien recuerde ese tiempo de escalofrío social, el abrupto despertar del sueño en technicolor de nuestra presunta prosperidad; quien sepa o imagine el grado de excitación con el que la política vivió esos años, otorgará mérito enorme a quien navegó aguas tan procelosas sin perder el rumbo, ampliando el respaldo popular a su actuación y obteniendo el respeto y el reconocimiento de observadores y críticos. Nunca fue tan pública la televisión pública, sostenidos el equilibrio y la decencia de Luis Fernández y su equipo en la primavera de libertad -breve paréntesis, por desgracia- que significó la ley del gobierno Zapatero, que obligaba al acuerdo de los grandes partidos para el nombramiento de Presidente de la Corporación y liberaba a los profesionales. Oficialmente, al menos. El programa-formato "Tengo una pregunta para usted" queda como ejemplo de que era posible conciliar servicio público y éxito popular en un producto de contenido político.

Subrayo esta etapa de Luis Fernández en RTVE como concentrado perfecto de sus virtudes profesionales porque es la que adquirió una mayor relevancia. Pero podría ofrecer multitud de pruebas igual de concluyentes de otro período también sobresaliente, del que fui testigo directísimo: su paso por la Cadena SER, en especial sus cinco años como director de Informativos, durante los cuales pude compartir con él vicisitudes profesionales de todo tipo, incluida una -el famoso caso de las cintas de Benegas- que nos llevó a los dos a los tribunales de justicia. Y vivir desde más cerca imposible su pensamiento hecho acción en el más inmisericorde de los escenarios, el día a día, ese frente de batalla en el que surgen todas las pruebas de fuego, donde se desenmascaran todas las imposturas y se mide la verdadera competencia. Lo afirmó de forma rotunda Aristóteles: "Somos lo que hacemos día a día", dijo "La excelencia no es un acto, es un hábito".

Ese test inclemente me permite certificar como testigo ocular su alta cualificación, su claridad de juicio, sus profundas convicciones deontológicas y una capacidad de liderazgo de la más alta calidad, la que mejor ahorma equipos, la que se ejerce sin aspavientos, sin levantar la voz, y con una determinación berroqueña. Y la que dicta el primero de los ejemplos, el respeto al trabajo, que Luis Fernández honra con una dedicación y una resistencia de acero, indesmayable. Quien espere que renuncie a un objetivo o que se canse en el camino, haría bien en olvidarlo. No hay antecedentes de que haya ocurrido.

Distinguir a Luis Fernández constituye además una oportunidad de mirar al futuro con esperanza. Porque su capacidad de concitar consenso, alcanza incluso a las grandes disyuntivas teóricas del periodismo en el momento presente, disyuntivas que parecen radicalmente antitéticas, sin punto posible de convergencia, pero que Luis Fernández

entiende como tensiones capaces de convivir, incluso como sumandos de procedencia divergente.

Frente al "O lo uno o lo otro" de Kirkegard, que suena a batalla a última sangre de la ética contra la estética, Fernández parece preferir la formulación de Ortega: "entre lo uno o lo otro me quedo con lo uno y lo otro".

Y se ha resistido a aceptar como incompatible el romanticismo periodístico con el realismo contable.

O la calidad con las audiencias.

Y rechaza el fatalismo de los que creen que es inexorable optar entre sobrevivir humillado, bajo la mano de hierro de las empresas o lanzarse al filibusterismo.

O la simplificación de atribuir la exclusiva del rigor periodístico al clasicismo y el monopolio de la banalidad a las nuevas tecnologías. O, por el contrario, depositar en las nuevas tecnologías la exclusiva de la libertad y renegar del periodismo clásico como esclavo sumiso de todos los poderes.

Luis Fernández, que como director de informativos y subdirector general de Telecinco creó en 1996 la primera redacción digital de España, sabe mejor que nadie surfear en la ola de las nuevas tecnologías, pero dudo que caiga en la idolatría porque no es hombre que se precipite.

Sabe que los grandes debates están lejos de haber concluido. Y hay que permanecer alerta.

Porque es cierto que Internet es un gran espacio de libertad, pero las guerras de los poderes por el control no cesan nunca. Jaron Laner, uno de los pioneros, nos advierte de la que ahora mismo se libra por el dominio de los big data.

Porque es cierto que en nuevo tiempo se certifica la agonía de las intermediaciones, como tan brillantemente explica el profesor Innerarity, pero se hace más imprescindible cada día el papel de quien conozca, confirme, comprenda y sepa contar lo que ocurre.

Y porque se equivoca el gran pensador Byung Chul Han cuando asegura que, pues ya todos los datos pueden estar a nuestro alcance, será innecesaria la confianza pues bastará la transparencia. No lo creo. Por el contrario, se hará aún más necesario confiar en quien aporte los datos, y quien los jerarquice y contextualice para hacerlos inteligibles.

Por eso, porque no cae en idolatrías ni en precipitaciones, Luis Fernández adopta la postura del hombre inteligente: la mirada, en el horizonte; los pies, en el suelo.

En tiempos de transición y, por tanto, de confusión, necesitamos el equilibrio de periodistas como Luis Fernández, que vivan con pasión y sin miedo el agitado presente del terremoto tecnológico y que sepan afirmarse en lo que nunca cambiará. Periodistas que respeten y hagan respetar lo que siempre será imprescindible, hoy y dentro de treinta años, por mucho que se alteren las estructuras empresariales y técnicas de la actividad: los principios del rigor, la ética, y el compromiso social de este oficio, hijo y padre de la democracia, nacido para acompañar los sueños de libertad del hombre.

En última instancia en la decencia, que no se invoca ahora porque viva amenazada sino porque es un valor inmutable que, como Emilio Lledó recuerda, actúa desde hace 24 siglos como factor necesario para la estabilidad del ser humano y de la sociedad.

La decencia, una decencia maciza, de la acreditada cepa riojana, no es un rasgo de la personalidad de Luis Fernández, es su definición.

Me permito señalar finalmente un aspecto de su figura que en los tiempos que corren puede considerarse una extravagancia y que, a mi juicio, le convierte en un foco de energía positiva: Luis Fernández es un hombre contento, con una notable alegría interior. Está contento con su profesión, con su mundo y con su vida.

Por lo expuesto, solicito se proceda a investir a don Luis Fernández del grado de Doctor Honoris Causa por la Universidad Rey Juan Carlos.